

"GOLFUS DE ROMA", comedia musical

HACE unas semanas, José Osuna estrenó en el Maravillas «Golfus de Roma», comedia musical. Sus situaciones argumentales proceden de comedias de Plauto; la orquestación escapa al chin-chin de nuestras revistas; los decorados son de Mingote; la adaptación, de José Luis Coll y Manuel Ruiz Castillo; las «chicas» son unas chicas jóvenes y guapas...

He aquí, pues, un espectáculo musical liberado de los penosos tópicos y errores de la revista española.

Como era presumible, va público al Maravillas. El planteamiento comercial parecía dudoso, por la falta de tradición del género, por la escasa popularidad teatral de los intérpretes, y hasta por un título que parecía escandalosamente «culto» entre los títulos-chiste de las revistas. Pero, a la hora de la verdad, todo esto han sido —y por eso decía que la asistencia de público era presumible, salvado el posible desconcierto inicial— datos positivos. A la gente que va a ver «Golfus de Roma» le encanta echar de menos tantas cosas y echar de más un tono de ligereza inteligente.

A menudo, uno se ha preguntado por las razones de que no tengamos un teatro frívolo formalmente decoroso. Parece, a primera vista, que si nuestra sociedad —la que forma el público teatral— rehúye un tipo de autores y obras fundamentales, debiera haber generado la existencia de una comedia musical bien hecha, de un teatro de entretenimiento inteligente. Así ha sucedido en otros países, y, muy concretamente, en los Estados Unidos, donde la crisis profunda iniciada a partir de la guerra fría, ha ido acompañada de un perfeccionamiento espectacular asombroso. También en Inglaterra se da este fenómeno, aunque justo es decir que la salud política de los ingleses es muy superior, y, por tanto, que la calidad profesional de sus espectáculos ligeros es compatible con la presencia de títulos importantes. Es más: Joan Littlewood ha dirigido la pieza más dura y temáticamente más interesante del teatro inglés contemporáneo —«¡Qué bonita es la guerra!»— apoyándose, justamente, en la riqueza y tradición del music-hall.

Aquí, en cambio —salvo aquel «Te espero en Eslava», de Escobar, y algún otro título en el que ahora no caigo—, la mediocridad lo ha dominado todo. Y hasta podría afirmarse que donde la mediocridad profesional del teatro español se ha mostrado más bochornosa, más tosca, ha sido cuando se ha pretendido, sin más, entretener.

Cuando la escena propone un tema importante, hay dos planos de juicio, interdependientes entre sí. El actor, el director, el decorador, están referidos al servicio del texto. Se sirve bien o mal, pero, si el drama es válido, los errores están en relación con un propósito importante. Podríamos decir que cada cual hace lo que sabe y lo que puede...

En cambio, cuando se hace confesión de trivialidad, cuando las gentes se reúnen en un teatro para sonreír un poco, para ver chicas guapas y cómicos simpáticos, la presencia sistemática de la vulgaridad y la estupidez es un hecho denigrante.

Ya en otra ocasión —¿cómo no recordar aquella desafortunada versión de «Irma la dulce»?— el Maravillas intentó dignificar su tradición de teatro ligero. Pero quizá sea ahora cuando —y en esto juega la «liberalización parcial», que permite a los espectáculos ser un poco más picantes y, consecuentemente, menos pornográficos— haya enfilado el camino. «Golfus de Roma», donde Sazatornil, que es el «gracioso», tiene gracia, y donde todo el mundo cumple decorosamente su papel, puede ser el estímulo para traerse comedias musicales de fuera y, en su momento, para intentar hacerlas aquí.

No creo, claro está, que se trate de un «paso de gigante» en nuestro teatro, que tanto necesita andarlos en otras direcciones. Pero sí es un paso adelante. Entre otras razones porque puede despertar en nuestros actores, en nuestro público, en nuestros directores y en nuestros críticos, la atención que en todas partes se dedica a los complejos medios expresivos del actor, reducidos aquí, casi siempre, a la palabra.

Para hacer bien «La ópera de los cuatro centavos», o las comedias de Aristófanes, por citar dos ejemplos, es necesaria una previa tradición profesional que enriquezca la concepción puramente literaria y psicológica que aquí tenemos del teatro importante.

J. M.

BARDEM, 10 Y 1/2

A punto de comenzar su película número once hemos creído interesante entrevistar a Juan Antonio Bardem y pedirle que nos aclare su posición ante el panorama cinematográfico nacional y ante sí mismo, es decir, sus posibilidades efectivas de creación dentro de una industria titubeante y raquítica pero que ha producido un realizador de talla internacional. Hemos tenido ocasión de ver en sesión privada «Nunca pasa nada», su última obra, su film más maduro. Algunos críticos, sobre todo en el extranjero, han afirmado que tanto «Los inocentes» como «Nunca pasa nada» son retornos al pasado, «remakes» de «Muerte de un ciclista» y «Calle Mayor» respectivamente. «Yo me niego a aceptar estas opiniones —replica Bardem—. En todo caso, se puede considerar «Nunca pasa nada» como continuación de «Calle Mayor», como si Isabel se hubiese casado. Pero ante estas críticas y reproches, ante estas incomprendiones, uno no sabe qué hacer: es como si no hubiese pasado el tiempo —creen fuera—, como si aquí no hubiese pasado nada, y claro que han pasado cosas, siempre pasa algo y uno trata de reflejar estas cosas...».

No puede decirse que la posición de Bardem sea «envidiable». Con diez films a su espalda —uno, el primero, «Esa pareja feliz» dirigido a medias con Berlanga— ha tenido que soportar muchas críticas y no pocas incomodidades. Indiscutiblemente ha sido, junto con Berlanga, el creador de un cine español adulto que ha podido exhibirse en el extranjero sin sonrojo y que ha tenido recompensas internacionales. A partir de «La venganza», Bardem trataba de sentar las bases de un cine popular. El experimento fracasó y en su siguiente film, «Sonatas», pretendió iniciar el camino de un cine espectacular, de aventuras, pero con una cierta carga crítica; tampoco tuvo fortuna esta vez. Y entonces es cuando empezó a hablarse —demasiado apresuradamente— de «la muerte de Bardem». Pero, quien pronunciara esta oración fúnebre no tenía en cuenta las condiciones en las que Juan Antonio Bardem trabajaba y que cada nuevo film suyo trataba de perseguir la máxima efectividad crítica y el mayor impacto cara al público. Bardem hizo examen de conciencia y, en sus siguientes obras, «A las cinco de la tarde», «Los inocentes» y «Nunca pasa nada» volvió a la línea de sus grandes éxitos: «Muerte de un ciclista» y «Calle Mayor». Y ahora, tras el ejemplo de madurez que supone «Nunca pasa nada», una cala en profundidad de la provincia española, Bardem intenta el camino del film de gran presupuesto, con estrellas internacionales y una novela de gran éxito: se trata de «Los organillos» de Henri François Rey, finalista del Goncourt y premio Interallié. Los actores son Melina Mercouri, Hardy Kruger y Jean Servais. El rodaje tendrá lugar en Cadaqués, donde se encuentra el realizador localizando exteriores.

«Mis posibilidades, actualmente —confiesa Bardem— son hacer cine extranjero en España, utilizando una serie de elementos que la industria nacional no puede proporcionar. Muchas veces he leído: pero este señor, ¿qué es, un creador o un honrado artesano? ¿Pero qué llaman creador? Yo no sé qué soy. Soy un director de cine y escribo: intento hacer cosas. Pretendo no engañar a nadie hasta el extremo de que ese intelectual que meto en mis películas —y que tanto me critican— lo hago para no engañar, para que las entiendan. Podía haber suprimido tranquilamente la escena de Fernando Rey en «La venganza», pero no lo haría nunca porque me parece fundamental. Me dicen: «si usted lo hubiera hecho de otra manera no necesitaría ese discurso». Claro, pero eso ya entra en el problema de mis propias limitaciones. A mí no se me ocurre hacerlo de otra manera; si no, lo haría... En este momento me encuentro que un productor muy importante —el de «Marienbad»— está muy interesado por «Los pianos mecánicos», piensa llevarla al cine y cree que el más indicado para hacerlo soy yo: es halagador, ¿no? Pero, desde luego, es un tipo de película a plantearse como cine industrial europeo. Y, en definitiva, a mí me gusta hacer películas de gran presupuesto: cuanto más «gordas», mejor. Es la única posibilidad que tienes de llegar al público y agarrarlo... Si en la Gran Vía pomen «Los inocentes», por ejemplo, con Paloma Valdés y Alfredo Alcón y enfrente «La pantera rosa» con la Cardinale, Capucine, Sellers, David Niven, etc., pues nadie va a ver «Los inocentes», claro, y me parece muy razonable; mi nombre sólo no va a atraer al público... Por otra parte, «Los organillos» puede dar lugar a un buen film: es un material interesante. En cualquier cosa, a mí se me contrata para realizar este libro; me guste o no me guste no puedo modificarlo sustancialmente, no puedo hacer que la acción transcurra en un submarino. Se trata de contar ese mundo de la «dolce vita» de Cadaqués y las relaciones entre los adultos y los adolescentes. Es muy difícil de adaptar: si pusiera todo lo que hay en el libro sería una película de seis horas. Estoy trabajando en el guión desde agosto pasado. Y esta es la película que voy a rodar ahora, mi película número once...».

JESUS GARCIA DE DUEÑAS